

## BARROCO

Hacia mediados del siglo XVII se produjo un giro en el desarrollo del arte novohispano. La pintura manierista sucumbió ante la influencia de la pintura española: realista, vigorosa, de fuertes contrastes de luces y sombras. Se iniciaba así el estilo barroco, que se extendería hasta finales del siglo XVIII.

La pintura novohispana del tercer cuarto del siglo XVII debe mucho al arte fastuoso de Rubens, y al estilo recio y austero de Francisco de Zurbarán. De éste se tomarían, principalmente, la calidad en el tratamiento de las telas y el eficaz empleo del claroscuro que confiere a las figuras de mayor vigor y concreción plástica.

Sin embargo, el paréntesis claroscuro se cerró rápido. A finales del siglo XVII la pintura se hizo más ostentosa y brillante, adecuada al esplendor de la arquitectura y la riqueza del interior de los templos de la época, repletos de retablos y esculturas. Esta pintura brillante, colorista, que sacrificaba la corrección por una mayor expresividad, tuvo en Cristóbal de Villapando y Juan Correa a sus mejores representantes.

Pero esta modalidad efectista no tardó en diluirse ante la gradual utilización que hicieron los pintores activos en el paso del XVII al XVIII —en especial los hermanos Juan y Nicolás Rodríguez Juárez— de la delicadeza y emotividad del lenguaje plástico de Bartolomé Esteban Murillo. Al desembocar en una pintura de mayor suavidad, de pincelada más suelta, de contornos menos precisos y de colorido más apagado, prepararon el camino que habrían de seguir la mayor parte de los pintores activos en el siglo XVIII.

Nuestra colección de pintura barroca comienza en esta sala con tres cuadros al óleo de Antonio Rodríguez, quien fuera yerno y discípulo de José Juárez y padre de los brillantes pintores Juan y Nicolás Rodríguez Juárez. Los cuadros representan las figuras de San Félix de Valois (o San Juan de Mata), San Columbano y San Benito. Su obra se caracteriza por el cuidado del dibujo y la nobleza de las figuras.

También son destacables y dignas de mención la “Santa Gertrudis” de Nicolás Rodríguez Juárez, “La Huida a Egipto” de su hermano Juan Rodríguez Juárez, y “La Virgen de los Ángeles”, del poblano Luis Berrueco.

## **ARTE BARROCO NOVOHISPANO PRIMERA MITAD DEL S. XVIII**

Sin duda, la producción pictórica en la Nueva España fue predominantemente religiosa, enfocada a despertar y fomentar la devoción de una sociedad que frecuentemente marchaba al compás del tiempo sagrado.

Entre los rasgos que distinguen a la pintura novohispana están la suavidad en el modelado de las carnes y lo agradable del colorido, así como la delicadeza y suavidad en el tratamiento de las escenas, incluso en los temas dramáticos.

Las expresiones místicas de los personajes denotan serenidad y paz interna, así como elegancia y naturalidad. Los escenarios son sencillos, dotados de breves vistas de paisaje. En las composiciones es frecuente, asimismo el empleo de dinámicos ejes diagonales.

Esta sala incluye las obras de dos importantes exponentes del período: “La Virgen entregando el Rosario a Santo Domingo de Guzmán” de Nicolás Correa, primo hermano, colega y colaborador del importante artista Juan Correa; y una “Huída a Egipto” del pintor sanmiguelense Manuel Antonio Martínez de Pocasangre, célebre autor de los murales del Santuario de Jesús Nazareno, en San Miguel de Allende, Guanajuato.

Aunque el barroco novohispano fue un punto de encuentro de diversas influencias artísticas, ideas estéticas y criterios de gusto, se puede reconocer en él una singularidad propia, reflejo de una sociedad cambiante, en permanente crecimiento y búsqueda de identidad.

## **ARTE BARROCO NOVOHISPANO SEGUNDA MITAD DEL S. XVIII**

Vista en conjunto, la pintura producida en la Nueva España nos muestra un movimiento intenso, variado y de alta calidad.

Sin duda al pintor más importante y afamado de mediados del siglo XVIII es el oaxaqueño Miguel Cabrera. Era un artista virtuoso, autor de obras de composiciones bien estructuradas y de figuras dotadas de una profunda dignidad. Ello se puede apreciar en el cuadro que representa a un obispo con escolares ante la virgen y en los tres óvalos con “Doctores Marianos” que se le atribuyen.

Entre los numerosos pintores que florecieron hacia la segunda mitad de ese siglo, se destacan Francisco Antonio Vallejo y José de Alcívar. En la obra de ambos se puede apreciar la gradual introducción de notas clasicistas que se sobreponen a las de tradición barroca en que aún fueron formados, lo que viene a demostrar que antes del establecimiento de la Real Academia de San Carlos ya se empezaban a respirar los aires renovadores del neoclásico.

De Vallejo, se exhibe una Inmaculada Concepción que combina el tono dulce y delicado del barroco con el buen dibujo y el nuevo colorido del neoclásico. También suyo es el cuadro “La muerte de San Francisco Javier” que incluye uno de los retratos infantiles mejor logrados de la pintura colonial.

De José de Alcívar es el elegante “San Juan Nepomuceno”, alegoría del martirio, la discreción y el sigilo sacerdotal. Se exhibe, por último, un Sagrado Corazón firmado por Francisco Eduardo Tresguerras, el polifacético y polémico artista celayense; quien ejercía su arte al margen de la Academia, comulgando con el credo neoclasicista.